

## CAPITULO XXXIX.

Cómo los de la cibdad hacían mal á los que iban por yerba.

E los moros, que habian muy gran deseo de hacer cuanto mal pudiesen á los cristianos, tenían siempre sus atalayas, las unas en la villa é las otras encima de las sierras. E si veían alguna poca compañía que iban por yerba ó en cabalgada, salían á ellos é desbaratábanlos é matábanlos é prendíanlos; é aconteció que un día bien trescientos hombres á caballo salieron de la hueste para ir en cabalgada, é pasaron por la puente de madera que los cristianos habian hecho; é cuando fueron del otro cabo, apartáronse é dividiéronse en muchas partes, por ganar alguna cosa que comiesen; que habian gran carestía en la hueste, así como adelante oiréis. Mas los moros de las atalayas, como los vieron ir sin cabdillos, esparcidos, hicieron seña á los de la villa é á los que estaban en las montañas, é venieron á ellos de otras partes, é comenzáronlos á matar de forma, que los cristianos no los pudieron sufrir; así que, muchos dellos fueron muertos, é los otros vinieron huyendo á la puente de madera por do pensaban pasar en salvo. Mas los moros se metieron entre ellos é la puente, é defendióla muy bien; así que, muy pocos pasaron, é todos los otros fueron muertos, los unos con armas, é los otros se dejaron caer en el agua, armados como andaban, é ahogábanse. Cuando los de la hueste así vieron matar los cristianos, pesóles de corazón, é muchos hobo que se armaron é pasaron la puente, é encontráronse con los moros, que iban haciendo grande alegría por los cristianos que habian destruido; é ellos fuéronlos á ferir, y derribaron muchos dellos, é levaron los vencidos bien hasta las puertas de la villa. Mas cuando los de la villa vieron su gente tan maltratar, salieron de pié é de caballo; é fuéronlos á herir, é los cristianos trabajaron en se defender cuanto pudieron, mas los moros eran tantos, que no los pudieron sufrir, é hobiéronse de vencer, é comenzaron de huir hácia la puente de los barcos, porque creyeron por allí guarescer; mas antes que llegasen, los combatieron los moros tan fieramente, que mataron é llagaron muchos dellos, é los otros metiéronse en el río, donde se ahogaron todos.

## CAPITULO XL.

Del gran sentimiento que hacia la gente menuda de la hueste porque no podían ir á ninguna parte.

Sería gran cosa de contar todos los peligros que los de la hueste pasaron por servir á Dios; pero algunas cosas contarémos de aquellas en que fueron en mayor trabajo; é esto fué cuando querían ir en cabalgada é pasaban el río; que aunque pasaban por la villa de noche, tres ó cuatro leguas, luego que amanecía veíanlos las atalayas de las montañas, é contábanlos todos, é hacíanlo saber por señales á los de la villa; é salían á ellos, é matábanlos é prendíanlos todos; así que, los de la hueste no osaban ir muy léjos en cabalgada, ni hallaban yerba ni paja en ninguna parte del mundo; é cuando algunas veces habian consejo que arredrasen la hueste de la villa, entendían luego que les tornaría en daño, porque los moros tomarían mayor lugar por

do se tendiesen, para hacerles mas mal, é otrosí los de la hueste no estaban muy seguros; ca todo el día les venían nuevas de cómo el gran soldan de Persia, con la mayor gente que podría ser ayuntada de moros, venía sobre ellos, é que habian su acuerdo con los de Antiocha, que cuando ellos llegasen, que los acometiesen de parte de la villa. E por estas nuevas se temía tanto la gente menuda de la hueste, que no osaban ir á parte del mundo á buscar qué comiesen, ni tampoco de fuera les traían ninguna cosa; é demás, era ya el tiempo en el mes de diciembre, que es en el corazón del invierno, é hacia muy grandes heladas é nieves; é porque los mas de la hueste no hicieran casas, creyendo que se irían presto de aquel lugar, resebieron muy gran daño en muchos caballos é otras bestias, que perecieron de frío. La gente menuda eran tan aquejados de hambre, que daban voces contra los hombres honrados, diciéndoles que los trajieron allí de sus tierras para venderlos á los moros; é de otra parte no les venía vianda ninguna por la mar; ca no osaban, por el fuerte tiempo del invierno é por muchos cosarios que andaban por ella haciendo guerra; é aun, sin todo aquesto, les diera Dios otras pestilencias muy grandes; é esto era porque el tiempo se mudaba mucho á menudo, que una vez les hacia gran frío de helada é de nieve, é otras les hacia tamañas lluvias, que habian de perder cuanto tenían aquellos que no habian casas ó buenas tiendas en que se acogiesen; é otrosí, les hacia á menudo grandes truenos é relámpagos, é caía sobre ellos mucho pedrisco é rayos, que mataban é quemaban muchos hombres é bestias; así que, no habia en la hueste quien no estuviese á gran peligro de muerte, tanto, que los hombres honrados habian muy gran miedo de la gente menuda, que se levantase contra ellos é los matasen, ó se hobiesen de meter en la villa para tornarse moros; que tanta era grande la laceria é la hambre que habian, que un pan muy pequeño é de mala harina valía dos sueldos, é una vaca valía cuatro marcos de plata, é una puesta muy pequeña de asno valía ocho sueldos; é el vino, otrosí, era tan grave de haber, que muy pocos habia en la hueste que lo bebiesen, é aun aquellos mucho á hurto; é los otros comían carne de rocin é de asno, é bebían agua. Así que, por esto, é por el frío é por la gran hambre que habian, murieron tantos en la hueste, que apenas podían hallar quien los enterrase, é los otros perdían todos los caballos; así que, de ochenta mil que fueran por cuenta bien encabalgados cuando cercaron la villa, no habia ya sino veinte mil que toviesen buenos caballos, é aun esos eran tan flacos, que pocas veces se podían ayudar dellos; é sin todo aquesto, les hacia tan gran lluvia, é tan fuerte é tan espesa, que no habia tienda que les pudiese durar, que todas no fuesen podridas, de manera que caían á pedazos sobre ellos, é mas perdían los paños que tenían vestidos, que todos se les dañaban é se les podrecían, lluviéndoles encima. E todo esto buscaron los cristianos por dos cosas que hicieron: la una, porque los mas dellos non quisieron haber casas en que morasen, creyendo que no duraría la cerca todo el invierno; é la otra, porque todo lo que trajieran, é lo que despues ganaran en cabalgadas, gastáronlo é comiéronlo todo, é no

quisieron guardar nada para adelante; é por ende, les vinieron todos estos males que ya dejimos; así que, fueron tan cuitados, que muchos de los que eran sanos, veiendo tantos peligros que habian los de la hueste, se iban para Baldovin, hermano del duque Gudufre, á buscar qué comiesen, é los otros á Celicia é á las otras cibdades que mas cerca de allí eran; é los moros de Antiocha, desde esto supieron, metíanse en celada, é cuando los veían ir así como desesperados é sin recabdo, salían á ellos é matábanlos todos; é por estas cosas todas fué la hueste menguada de hombres bien la tercia parte, por razon de los que murieron é por los otros que se iban della.

## CAPITULO XLI.

Cómo el día de Navidad dijo el obispo de Puy misa, é del sermón que hizo, é cómo Boymonte fué en cabalgada para traer qué comiesen.

El día de la santa fiesta de Navidad, en que nuestro Señor Jesucristo quiso nacer de nuestra Señora la Virgen santa María por salvar al mundo, dijo el obispo de Puy la misa cantada, é rogó á todos los hombres honrados de la hueste que la veniesen á oír en remisión de sus pecados; é cuando fueron ayuntados en su tienda, hizoles muy gran sermón é muy bueno, en el cual les dijo dos razones: la una, del muy gran amor que les mostró é tovo nuestro Señor Dios en querer tomar carne en nuestra Señora santa María, é nacer della como otro hombre, pero en manera que ella quedó virgen en el parto é ante é despues; é otrosí, de cómo sufriera por ellos la mas cruel é penada muerte que hombre carnal pudiese recibir. E pues que él tanto amor les mostró, é tanta pena sufrió por ellos, que no debían tener en nada ningún afán é peligro que por él sufriesen, é que por ende les mandaba, por servicio de Dios é en remisión de sus pecados, que hiciesen dos cosas: la una, que fuesen algunos dellos en cabalgada á buscar qué comiesen para sí é para los otros; la otra, que aquellos que quedasen en la hueste, que la vianda que toviesen, que la partiesen con la gente menuda, así que no se hobiesen de ir á otras partes, é el hecho que comenzaran á servicio de Dios é á honra dellos que lo acabasen bien. Despues que el Obispo hobo acabado su sermón é dicho la misa, habló secretamente con Boymonte, é rogóle que fuese en aquella cabalgada; é él dijo que lo haría muy de grado, mas que fuesen con él el conde de Flándes é Tranquer, su sobrino, é que todos los hombres honrados de la hueste enviasen algunos de sus caballeros con sus señas, é que saliesen de allí, despues que el sol se pusiese, muy quedos é sin ruido, porque si los turcos lo supiesen, no podría ser que ellos no veniesen. E cuando esto hobo dicho Boymonte, tomólo por bien el Obispo, é fué luego á hablar con todos los hombres buenos de la hueste, é otorgáronlo, é mandaron luego dar de comer á sus caballos de aquello que tovieron; así que, cuando la luna salió, movieron ellos de la hueste é fueron á la puente del Fer, é allí se contaron é halláronse hasta diez mil hombres á caballo, é bien cuarenta mil hombres á pié, é guiólos Pedro de Roax, el adalid, é estuvieron toda aquella noche en aquel lugar por ayuntar toda su compañía, é ante

que amaneciese metiéronse en un valle, do estuvieron todo aquel día. E cuando vino la noche, movieron de allí, é fueron para el río del Fer, á un vado cerca de un castiello, que era entonces yermo, que llamaban la Roya; é Vassalis, su hijo, que era otrosí muy buen adalid é sabia muchos lenguajes, los guió por un valle mucho encubiertamente entre dos montañas hasta que los subieron sobre la sierra mas alta, é estuvieron allí hasta que el sol fué salido, é vieron muy bien toda la tierra en derredor do habia muchas buenas villas é castillos, é do era todo el ganado de la tierra ayuntado, é toda la mayor riqueza que los moros habian, que no fuese en las grandes cibdades. Aquel lugar do ellos estaban era un campo grande, que se hacia encima de una montaña que llamaban el campo de Malgalat, é era todo cercado de muy grandes sierras en derredor. E luego que allí fueron ayuntados, Boymonte, que iba delante, mandólos á todos estar quedos, é hizoles á todos descabalgar, é díjoles así: «Señores, yo só maravillado de vosotros, haciéndonos Dios tanto bien como nos hace en querer recibir nuestro servicio, é que por nos sea ganada esta tierra é librada de sus enemigos, é señaladamente tierra de Hierusalén, do él quiso nacer é morir por nos, ¿cómo nos podemos quejar de haber hambre ni frío ni otra laceria ninguna? Que pues que él era Señor del cielo é de la tierra, no dudó sufrir muerte é pasión por nos; é nosotros ¿por qué habemos de dudar de sufrir por él? Por ende, amigos, mucho nos debemos alegrar é haber gran esfuerzo, é no dudar en meter los cuerpos é los haberes por hacer cobrar á nuestro Señor aquella tierra qu'él perdió; que ningún alto hombre ni honrado no debe creer que tiene heredad, mientras que nuestro Señor estoviere desheredado desta tierra; ¿cuál es aquel que se puede llamar rey con derecho mientras que nuestro Señor no hobiere el reino do él esparció la su sangre por nos? E ¿cómo se debe tener por leal el que no trabaja en sacar su casa de poder de sus enemigos, pues que él nos sacó de poder del diablo? E por ende, según mi entendimiento, mucho debeis esforzar los corazones, é trabajar cómo en todas maneras sean destruidos estos moros que no creen que él nació de santa María, ni recibió muerte por nos; ante llaman profeta á Mahoma, un traidor renegado, é con aquel quieren desheredar á nuestro Señor Jesucristo, diciendo que por aquel su falso profeta serán salvos; é por ende, es menester que en todas maneras les probemos aquello que es mentira, é lo que nosotros decimos es verdad; é bien fio en Dios que él querrá destruir su locura, é á él placirá que ganemos esta tierra, en que él sea servido, é el su nombre loado é honrado. Mas antes que esto sea, sufrirémos asaz trabajos, é esto será por nuestros pecados; é por ende, vos ruego que os apartéis de hacer aquellas cosas que entendés que á él pesan, é que todos de buena voluntad vos queráis disponer á lo servir. E yo vos juro que si lo hiciédes, que él vos dará en este mundo á ganar lo que nunca pensastes, é en el otro darvos ha el bien del paraíso, que es cosa sin fin. Por ende, desde hoy mas cabalgad en el nombre de Dios, é vamos mucho esforzadamente, é entremos por medio de aquellas montañas; que yo vos llevaré á lugar do

sacaréis muy gran ganancia, ó si no, morirémos en servicio de Dios; que vale mas morir por buenos haciendo algun bien, que no morir de hambre estando quedos.» Cuando Boymonte esto les hobo dicho, fueron todos muy alegres, que les creció esfuerzo para hacer bien, é luego cabalgaron é comenzaron á ir por aquel campo de Malgalat, é anduvieron así toda la noche. E otro dia, ante de prima, llegaron á un castiello que llaman Torrot, é aunque la fortaleza en que él estaba era pequeña, la villa del derredor era muy grande, que bien habia en ella quinientos hombres á caballo, é seis mil otros de armas que eran de pié; é demás eran muy buenos peones los de aquel lugar, porque estaba en muy grandes montañas é usaban mucho de correr é de ligereza; é otrosí comunmente los unos sabian tirar dardos, é los otros ballestas é los otros con hondas, é por eso fueron muy dañosos á los cristianos; que luego que llegó la delantera, en que iba el conde de Flándes, robaron todo el ganado que hi hallaron, é comenzaron á combatir la villa. Los moros dejábanlos monedgar, é despues hacian su arremetida con ellos, é mataban é herian muchos de los cristianos, é levábanlos huyendo, é despues tornaban otra vez los cristianos, é corríanlos hasta las puertas; é desta manera estuvieron hasta que llegó Tranquer, que venia en medio guardando el rastro, é pesóle mucho cuando los vió así estar quasi tantos por tantos, é tomó una lanza, é fué muy sañudo contra los cristianos que andaban en el torneo, é comenzólos á herir con el cuento de la lanza, é á maltraerlos porque andaban en aquellas demandas con los moros, diciéndoles que se tirasen afuera. Mas ellos, tan gran deseo habian de morir ó de entrar la villa, que non lo quisieron dejar por él. E en esto llegó Boymonte, que venia detrás, é cuando los vió así estar pesóle, porque entendió que en aquel lugar podria perder mucho los cristianos, é ganar poco si de otra guisa non lo hiciesen. E por ende, habló con el conde de Flándes é con Tranquer, su sobrino, é díjoles que, pues aquella gente tan gran deseo habian de ganar aquel lugar ó de morir, que en todas maneras trabajasen porque los moros así fuesen encerrados, que no osasen salir, porque los pudiesen despues combatir; é armáronse luego á todos los de la hueste, é pusieron entre sí los ballesteros é los otros hombres á pié, é encerraron luego los moros tan fieramente, que pusieron las escalas é entraron la villa por fuerza, é mataron cuantos hallaron, varones é mujeres, que no quedó ninguno á vida, sino unos pocos, que podrian ser hasta docientos, que se acogieron al castiello, que era como el alcázar de la villa; é de los cristianos no murieron mas de veinte peones, é fueron heridos bien ciento é doce caballeros, mas no de heridas por que dejasen de ir en cabalgadas; é otrosí perdieron hi los cristianos bien cincuenta caballos, entre mal heridos é muertos; é ganaron de los moros bien trecientos ó mas, sin otros que tomaron en la entrada de la villa. Muchas otras bestias ganaron, que levaron cargadas á la hueste de harina é de cebada é de gallinas é de otras cosas que entendieron que habian menester para su cabalgada; é movieron luego de allí, é anduvieron dos dias é dos noches, que nunca tomaron ninguna cosa ni encendieron fuego para guisar qué co-

miesen. E cuando vino el tercer dia, á hora de nona entraron en un valle muy hermoso, en el cual habia un castiello que llamaban Nublis, é por eso habia nombre aquella tierra Val de Nublis. Mucho era abastada de buenas aguas é de árboles, que levaban frutas de muchas maneras, é tanto ganado allí habia, que ningun hombre no lo podria contar, é gallinas é todas las otras aves de cria que son de comer; é sin aquesto, habia mucho vino é bueno; que porque se hacia allí mejor que en todas las otras tierras, enviábanlo siempre á hacer allí todos los soldanes, é de allí gelo levaban do quier que ellos eran, é aquel preciaban mas qu'el otro vino para hacer sus alegrías é convites. Todo aquel valle corrieron los cristianos, é otros valles muchos que eran cerca de aquel, entre los cuales iba el conde de Flándes é Tranquer, é guiábalos Vassalis, el adalid, hijo de Pedro de Roax; é los moros é las moras, entre grandes é pequeños, que mataron, fueron muchos además, é el ganado que tomaron era sin cuenta, ca non querian tomar á vida; oro é plata é otro haber monedado, é joyas de muchas maneras é paños de seda, hallaron tanto, que ellos é los de la hueste fueran ricos para siempre, si lo pudiesen sacar á su salvo; castiellos é aldeas é otros lugares hermosos é mucho apuestos destruyeron, é mataron cuantos hallaron grandes é pequeños, tambien mujeres como hombres; é con toda aquella ganancia tornáronse para el castiello de Nublis, do los estaba esperando Boymonte con toda la gente que venia detrás; é habian combatido tan fieramente la villa é el castiello, que lo tomaron por fuerza, salvo una torre muy fuerte, que estaba en el mas alto lugar del alcázar, sobre una gran peña en cabo del alcázar, en que se encerraron bien cuatrocientos moros con los que allí se estaban, é los otros que huyeron de la villa cuando en ella entraron los cristianos. E porque Boymonte creyó que aquella noche no podrian tornar los cristianos, mandó fincar su tienda cerca de la torre do estaban los moros, para combatir otro dia de mañana, é tomarlos por fuerza. E cuando los cristianos llegaron con aquella ganancia que traian, é los hallaron así estando, fueron muy alegres unos con otros, é posaron aquella noche muy bien acabilladamente, é dieron cien hombres á caballo é seiscientos á pié, que guardasen la torre, que ninguno de los moros que en ella estaban no pudiesen salir, ni otro de fuera entrar.

## CAPITULO XLII.

Cómo Aliadan, el gran soldan, que venia en acorro á los de la cibdad, fué á pelear con los de la cabalgada.

Toda aquella noche fueron en grandes alegrías los cristianos, é estovieron viciosos é placenteros, ca de la una parte habian hecho gran daño á los moros en destruirles toda la tierra, é de la otra parte tenian muy bien todas aquellas cosas que habian menester de comer é de beber; lo cual hacia olvidar una gran parte del trabajo que habian levado, é aun ganaron muy grande riqueza; é sin todo aquesto, creian que otro dia de mañana tomarian aquella torre, é prenderian é matarian todos los que estaban en ella; é por todas aquestas cosas eran tan alegres, que ningunos otros non lo podian mas ser; pero, con todo aquesto, no dejaron de guardar á sí

é á los que yacian en la torre encerrados, é fuéles menester, que de la una parte venia el sobrino del gran soldan de Persia, que llamaban Aliadan, con treinta mil turcos, todos escogidos por buenos hombres, é muy bien armados, segun su manera; é este iba por herir en la hueste que tenia cercada á Antioca, é pensábala desbaratar en tal manera, que, cuando él llegase, que hiriesen otrosí los de la villa en ellos; é cuando oyó decir de cómo los cristianos eran en aquella tierra é la habian toda robado é estragado, dejó de ir para Antioca, é fué derechamente allí do la cabalgada de los cristianos estaba; así que, aquella noche no estuvo dellos mas léjos de dos leguas; é de la otra parte les venia en acorro á los de la torre el soldan de Rafama é el de Belmas, é otro que llamaban Bondar, é eran bien diez y ocho mil hombres á caballo, con otra muy gran gente á pié de aquellas montañas; é estos asentaron su real tan cerca de los cristianos, que sus escuchas los oian, é las de los cristianos oian á la hueste de los moros; é desta manera estuvieron, que tola aquella noche se guardaron los unos de los otros; mas cuando comenzaron los gallos á cantar, adormeciéronse todas las guardas de los cristianos, por el gran trabajo que habian sufrido; así que, no quedó ninguno despierto en toda la hueste, sino un obispo que era de Pulla, de la ciudad que llamaban Bar, allí do está el cuerpo de san Nicolás. Aquel obispo era muy buen cristiano é habia nombre Juan, é sabia muy bien el arábigo é el lenguaje persiano é turqués, é otrosí el lenguaje de Armenia; é andaba siempre con Boymonte, que nunca dél se partía, porque era hombre en que se fiaba mucho é á quien confesaba sus pecados é era su capellan mayor; é él solo estaba despierto aquella noche, cuando los otros dormian, é tenia su salterio en la mano é una candelá, é rezaba sus maitines; é oyó una gran voz, é escuchó por saber qué era, é entendió que un moro hablaba con los de la torre é preguntábalos cómo les iba; é ellos respondiéronle que todos los de la tierra en derredor é los de la villa é del castiello eran muertos, sino ellos, que estaban allí encerrados, temiendo que los vernian otro dia á matar; é el moro respondió que estuviesen seguros é que no hobiesen miedo ninguno, ca bien de mañana les vernia tamaño acorro, que todos los cristianos serian muertos é presos. É contóles cuántos eran los almirantes que les venian en acorro, é toda la otra gente que traian de caballo é de pié; é por ende, que estuviesen apercebidos, que cuando otro dia viesiesen á ferir en los cristianos, que ellos otrosí los acometiesen de su parte, é que de esta manera serian los cristianos desbaratados é muertos. Cuando esto hobo dicho aquel moro á los de la torre, tornóse, é el Obispo, que lo entendió todo muy bien, cerró su libro en que rezaba, é fué á Boymonte é despertólo muy quedo, é díjole que se levantara, é contóle todas las nuevas, segun que el moro las habia dicho á los de la torre; é despues que gelo hobo contado, díjole que ficiese á los hombres estar todos apercebidos é armados, ca mas cerca eran los moros dellos de una legua, é que aunque traian tan gran poder, que tanta fiducia habia é en Dios que los vencerian, tan solamente que hobiesen entendimiento para lo saber hacer; é Boymonte, cuando lo

oyó, cemenzólo á mirar é á reirse, é díjole: «Obispo, é vos ¿qué decis? ¿Teneis pensamiento de facer armas?—É bien, respuo el Obispo, segun mi órden, lo mas que yo pudiere; que por loco tengo á todo hombre que en batalla no defiende su cuerpo de muerte.—En nombre de Dios, dijo Boymonte, así sea como vos decis.» É luego que él esto hobo dicho, envió por el conde de Flándes é por Tranquer é por los diez condestables; así que, entre todos, bien fueron ayuntados en la su tienda ciento de los mejores hombres que habia en aquella hueste; é Boymonte fizo luego al Obispo que les contase todas las palabras que el moro dijera á los de la torre, é cuando gelo hobo todo contado, díjoles que se esforzasen bien é peleasen con ellos, que él habia esperanza en Dios que los vencerian. É cuando esto hobo dicho el Obispo, todos cuantos allí eran otorgaron con él, é fuéronse luego para sus tiendas é armáronse; é cuando fué el dia claro habian ya oido sus misas, é moviéronse de aquel lugar, é pararon sus haces por unas huertas é por unas viñas, por do sabian que habian á venir los moros; é de toda su gente ficieron tres haces: en la primera fué el conde de Flándes, é con él los de Piteus, é los de Angeus, é de Alvernia, é de San Toma, é tolosanos, é gascones, é caorcines. En la segunda fué Boymonte, é el conde Guarin, é los diez condestables con toda su caballería; é en la tercera fue Tranquer, é Ruberte de Sordavalles, é el conde Dalfin, é Richart del Principado, é emarqués de Tarvin, é Bovas el coroner, é Albert de San Guarin. Todos estos eran muy buenos caballeros é mucho esforzados; é cada una de estas tres haces habia consigo gente de pié de aquellos que eran en la hueste, segun entendieron que era menester; mas antes que las haces hobiesen puesto é aseogado, parecieron los moros, que venian gran gente, que era maravilla. Así como fueron llegando, adelantóse de la haz de los moros un turco, que llamaban Zabar, é era entre los suyos tenido por muy buen caballero é por muy buen justador; é andaba muy señalado entre todos los otros, segun la costumbre de los moros, de aquellos que se preciaban mas de armas, é que no usaban tanto el arquería. Él traia muy buena loriga é brafoneras, é perpunte cubierto de muy rico paño de seda, é las coberturas otrosí; é capellina de fierro traia muy buena é muy bien acecalada, é adaraga de fusta muy bien pintada á cuarterones de oro é de azul, é el espada que traia ceñida era muy buena é muy tajante, guarnida de plata muy apuestamente; la lanza traia muy mas luenga que otro caballero bien un cobdo, é era de muy buen palo, é el pendon que traia en ella era luengo é cuadrado, é de aquel paño mesmo que el perpunte eran las coberturas del caballo; é por aquesta razon fué este turco mas mirado de los cristianos que otro ninguno, porque veian que andaba muy bien armado; é sin todo aquesto, él venia sobre un muy gran caballo rucio, que era uno de los mas preciados que habia en toda su tierra; la silla é las riendas é el petral eran de un cuero muy preciado, que llaman los turcos camos, labrado con filos de oro é de plata muy ricamente, segun la labor de Turquía; é este moro era muy soberbio de palabra é queria muy mal á los cristianos, é andábalos siempre amenazando, diciendo que los mataria é destruiria todos. E comenzó á

denostar á los cristianos, diciéndoles á grandes voces que á lugar eran venidos que perderían sus cuerpos é cuanto trajieron. Muchos de los caballeros cristianos hobo que quisieran justar con él, mas ninguno no osó, menos que gelo mandasen; que, segun la manera antigua, por tanto tenia el caballero derramar sin mandado de su cabdillo, como fuir de la lid; é por ende, ninguno non fué osado de salir á él, salvo aquel á quien lo mandaron; é este era un caballero natural de Francia, é habia nombre Yugo de Montmorante, al cual tenian por uno de los mejores justadores que fuesen entre los franceses; el caballo traía grande é fuerte, é era uno de los mejores que habia en toda la hueste; mucho andaba bien encabalgado, é muy bien guarnecido de todas armas que caballero debia traer. Este salió de la haz de los cristianos é heriéronse amos muy de récio, é el moro, como traía la lanza luenga, dióle tal golpe en el escudo, que gelo falsó é hiriólo en el brazo, é quebrantó la lanza; é el cristiano dió tan gran lanzada al moro, que le falsó la adarga é la loriga, é metióle la lanza por los pechos, é dió con él muerto en tierra; é despues dijo á altas voces, así que todos los mas lo oyeron: «Descreído traidor, ya no serán por vuestra mano muertos los cristianos, á quien vos amenazábades.» É en diciendo esto, tomó el caballo del moro por la rienda, é tornóse á los suyos; é el conde de Flándes, cuando lo vió venir, díjole así: «Par Dios, hermano, bien vos aconteció en la primera justa que hecistes de armas sin vuestro daño é con honra.» É cuando esto hobo dicho, agujaron los caballos él é los otros que con él estaban, é fueron á herir en los moros tan de récio, que ante que Boymonte llegase, hobieron ellos muerto mas de mil moros; é volviéronlos tan de récio, que cuando Boymonte llegó, hallólos todos como vencidos, é hirió de la lanza á un almirante de tan gran herida, que le falsó la loriga é metióle por el costado todo el hierro de la lanza, é del asta una gran pieza, é dió con él muerto en tierra, é despues dijo á grandes voces: «Caballeros, por amor de santa María, heridlos muy de récio, é non los tengais en nada; que vil gente es é descreída.» É con esta palabra esforzó mucho los suyos, é comenzaron á darles tan de récio, que mataron dellos tantos, que, si no fuera porque eran muchos en aquel punto, fueran todos vencidos é echados á mala ventura; mas aquello los aquejaba tanto, que allí do mataban un moro venian sobre él diez; é tanta era la gente que dellos se ayuntó, que cercaron á los cristianos en derredor, é comenzaron á herir muy de récio; mas Boymonte é el conde de Flándes los esforzaban mucho, diciéndoles que no los toviesen en nada, que cuantos mas eran, tanta mas honra ganarian cuando los hobiesen vencido; é sin esto, mandáronles que no tornasen las espaldas á los moros, mas que se hiciesen como muela en derredor, é que estuviesen todavia de cara hácia ellos é los heriesen, é desta manera los vencerian; é ellos hicieronlo así como ellos mandaron; así que, Ruberte, hijo de Giralt, é el señor de Beliarde, que habia nombre Baldovin, é Oliver de Lusan, é Guillem, é Beltran, todos estos cuatro eran muy buenos caballeros é mataron cuatro turcos de los mejores, de aquellos que mas guerra les hacian; é otrosí Richarte del Principado fué muy

bueno aquel día, é traía un caballo morecillo é de todos enatro pies calzado, que ganara en Antioea cuando mató al almirante Marguan; aquel caballo no era muy grande, pero era el mejor enfrenado é que mas corria en toda la hueste; este don Richarte andaba muy bien armado de loriga é de brafoneras de muy buen hierro labradas é de muy buena plegadura, cuales él se las mandó hacer para sí, é el yelmo é espada traía otrosí muy buenos é muy ricamente guarnidos; escudo é peripunte é coberturas traía de sus señales á bandas menudas en vias de oro é de azul; buena lanza de fresno traía, é el hierro muy tajante, é tomóla á sobremano, é fué á ferir á uno de los cinco almirantes, que llamaban Bondar; é dióle tan gran herida, que le falsó el brazo de amas partes é la loriga que traía vestida, é metióle el hierro de la lanza por el costado mas de un gran palmo, é dió con él muerto en tierra; é despues metió mano á la espada, que traía muy buena, é quiso dar á otro almirante, que llamaban Sorchaquen, por encima de la cabeza, mas desvióse, é alcanzóle sobre el hombro diestro, é fué tan grande la herida que le dió, que le cortó toda la espalda con el brazo; así que, descendió la espada fasta la silla é tiróla tan de récio contra sí, que cayó luego muerto en tierra, é dijo á altas voces, de manera que todos los suyos lo oyeron: «Buena caballería, par Dios; par Dios, feridlos de récio, ca vencidos son; é desde hoy mas no habeis qué temer deste almirante, ca bien desbaratado queda.» Cuando esto oyeron los caballeros, fueron mucho alegres, é comenzaron á ferir en los moros muy de récio, é mataron muchos dellos, de manera que les hicieron huir un buen rato de sí; é el conde de Flándes é Boymonte facian otrosí maravillosas cosas darlas en aquellos moros que estaban cerca dellos; pero habian gran miedo de Tranquer, que no era allegado, é creian que los moros lo habian preso ó muerto; mas no era así, que él tenia aquel día guardada la gente que detrás quedaba, é cuando vió que los de la delantera é los que iban en medio eran envueltos con los moros, entendió que habian menester su ayuda é acorro; é por ende, dejó muchos peones é algunos caballeros con aquella compañía, é él fué con los otros á los acorror, é aquellos que iban con él fizolos partir en tres partes, é mandóles que cada uno fuesen á ferir en los moros en aquel derecho que los hallasen, é ellos hicieronlo así; é acometiéronlos tan de récio, que fueron luego los moros vencidos, é comenzaron á fuir muy derramadamente, é los cristianos fueron en el alcance una gran pieza cada uno en pos de aquellos que cogieron delante sí; é fuéles tan bien, que el conde de Flándes mató toda aquella compañía tras quien él iba, que muy pocos dellos eseparon la vida; é Tranquer hizo otro tanto con aquellos en pos de quien iba, que, de tres almirantes que eran, fueron los dos muertos; é el uno escapó por muy gran ventura á pie por una montaña; mas Boymonte no quiso ir en el alcance sino por muy poco; lo uno, por no desamparar la compañía, é lo otro, por guardar lo que habian ganado; é envió luego caballeros al conde de Flándes é á Tranquer que se tornasen; é entre tanto hizo él ayuntar todo aquello que ganaran, é fué allí fallado muy gran haber, entre caballos é armas, é moros muy ricos que cativaron, é dieron des-

pues por sí muy gran rescate; é ante que lo hubiesen ayuntado todo, llegó el conde de Flándes é los otros que con él fueran; mas Tranquer no pudo tan ahína venir, que siguió mucho aquellos moros tras quien iba; é Boymonte é el conde de Flándes hobieron su acuerdo de cómo aquel día se estuviesen en aquel lugar; lo uno, por esperar á Tranquer, é lo otro, porque partiesen aquello que ganaran. É desde que lo hobieron acordado, en tanto que les aparejaban de comer, Boymonte comenzó á andar en derredor de la hueste, é subió en un otero muy alto, que estaba cerca de aquel lugar do hobieran la batalla; é en viendo la tierra, como era muy bastecida de pan é muy vieiosa, paró mientes á un valle que estaba cerca, é vió venir muy gran gente de moros, que, segun supieron despues por verdad, bien eran treinta mill caballeros, é traían mas de cien mill peones; é desta hueste era capitán el sobrino del gran soldan de Persia, que habia nombre Aliadan, é segun ya oistes, enviábale su tío á acorror á los de Antioea; é despues que supo que los cristianos eran entrados en aquella tierra, dejó de facer aquella ida, é fuése derechamente para ellos; é cuando oyó contar á los moros que fuian de la batalla, de cómo eran aquellos cinco almirantes vencidos é desbaratados, sobre el gran pesar que hobo, crecióle muy gran saña é esfuerzo, porque creyó que los cristianos, aunque vencieran, que quedarían cansados é enojados; é que si á deshora feriesen sobre ellos, que los vencerian; é tanto trabajó por llegar ahína, que tomó consigo diez mill hombres de á caballo, é fuése con ellos cuanto pudo; é toda la otra caballería é la gente de pié mandóles que se viniesen en pos dél cuanto pudiesen; é Boymonte, estando mirando cómo venian, llegó á él el conde de Flándes armado sobre un muy gran caballo, que venia dando saltos con él, que era fuerte é récio, de los mas preciados que habia en toda la hueste é mas corredor; é como quier que gran trabajo sufriera ese día, mas no facia muestra en cuán ligeramente é de récio corria é ponía los pies; é cuando llegó á Boymonte, echóle el brazo al cuello, é comenzó á decir: «¿Qué es esto, príncipe de Pulla, ó cómo estáis así triste? Alegrarvos debíades agora, é agradecer mucho á Dios en querer que venciésemos tan gran batalla como habemos vencido.—Par Dios, Conde, dijo Boymonte, gran razon es que gelo agradezcamos, é mucho gelo agradecería mas en mi voluntad; si él quisiese que desta otra parte que agora viene saliésemos tan honrados como de la que es pasada.» É dijo el Conde: «¿Cómo! ¿hay aun mas batalla?» É dijo Boymonte: «Muy mas que nunca pedistes á Dios en vuestro corazón.» É cuando esto le hobo dicho, fizole volver el rostro contra do venian los moros; é desde que el Conde vió la gran gente dellos, que toda la tierra cubrian, é las señas é las armas de tantas colores, que muy dificultosamente podrian ser contadas, é la claridad que daba el sol cuando resplandecía sobre el oro é sobre las otras armas de hierro, que eran acecaladas, é paró bien mientes cómo venian sus haces paradas muy sin ruido, alzó la mano é comenzóse á santiguar, é dijo: «Santa María, valme, ¿de cuál tierra salen estos diablos, que, cuando matamos treinta, parece que nascen ciento?» É cuando esto hobo dicho, tornóse á Boymonte é dijo-

le: «Siempre lo oí decir, que quien tales robadores como estos allega á sí, no los puede despues tan ligeramente de sí partir; é por ende, si vos lo por bien tenéis, lo mejor es que lidiemos con ellos é los tratemos de manera, que los otros que lo oyeren sean para siempre escarmentados.—Par Dios, Conde, dijo Boymonte, la lid en ninguna manera me parece que la podamos excusar, que no fuese con gran daño é á vergüenza nuestra; mas dos cosas recelo mucho: la una, que nuestras gentes son muy cansadas é maltratadas desta batalla que vencieron; la otra, que Tranquer no está aquí, que nos ayudaria en dicho é en fecho muy bien; é de lo que he mayor pesar en mi corazón es, que no sabemos dél si es vivo ó muerto.» Estonce respondió el conde de Flándes, é dijo así: «¿Qué será, príncipe de Pulla? Sin Tranquer no podemos nosotros lidiar. Agora esforzados, é acordemos en nuestra hacienda muy bien.» É cuando esto oyó Boymonte, enviaron á decir á los de la hueste que estuviesen apercebidos; é el acuerdo que tomaron fué, que los moros eran muchos é muy gran gente, é ellos eran pocos, é demás que estaban cansados del gran trabajo que hobieran en aquella batalla; é sin aquesto, que les faltaba alguna de su gente, porque fuera con Tranquer; é por esto acordaron que los caballos é las armas que allí ganaran, que lo partiesen é lo diesen á aquellos á quien menguaban; é lo demás, que lo diesen á escuderos, que andaban á pié, que habian muy buenos cuerpos, é á otros muy buenos hombres de armas; é que lo hiciesen de manera por que luego se pudiesen ayudar de ellos, é hicieronlo así mucho apriesa; é despues que lo hobieron hecho, pararon sus haces, é metieron todos los respuestos é el rastro de la gente menuda en medio; é aun no lo hubieron esto hacer, cuando los moros estaban cerca dellos tanto, que las saetas que los arqueros tiraban los herian; é así se les fueron llegando, que no podían hacer otra cosa sino herirse.

## CAPITULO XLIII.

De la hechura de Aliadan é de las armas que traía, é de la historia de Berta, hija de Blancaflor, é de la pelea que hizo Boymonte con él.

Ya habemos dicho cómo Aliadan, sobrino del gran soldan de Persia, venia por cabdillo de aquellos moros, é era hijo de un rey que llamaban Xarbudix, é habia otro hermano que era rey, que llamaban Haldaquem, que era muy poderoso en tierra de Africa, é lo tenian todos los moros en mucho en hechos de armas, por ser hombre de sus dias, que no habia de veinte años arriba; este otro Aliadan era mayor, é habia bien treinta años, mas era grande de cuerpo é muy bien hecho de todas faciones que caballero debe haber para ser muy valiente, é demás era mucho hermoso é esforzado, é fuera muy bueno en todos los lugares do se acaesiera en armas; é era hombre que se preciaba mucho dellas é de amar dueñas, é de toda cosa que tornaba á alegría de sí; é era muy sabido tambien en caza, como en otros juegos de ajedrez é de tablas; é de grado daba lo que tenia, é por eso se acogian á él todos los buenos caballeros, é habia muy mejor caballería que todos los otros soldanes. Mucho procuró de ataviarse